

LA REBELION DE GALAN,
de LUIS TORRES ALMEYDA

MIRANDO HACIA LA LIBERTAD (1)

1—El agitador clandestino. 2—El primer lance. 3—Un motín verdadero. 4—Rebelión en Charalá. 5—Doctrina de los Comuneros. 6—La presencia de Tupac Amaru. 7—La alianza con los criollos ricos.

1— El agitador clandestino.

Reincorporado Galán a su hogar y aliviado un poco de la fatiga, encontrábasele un tanto cambiado y conmovido a causa de sus penalidades y reflexiones. Las duras experiencias habían templado su carácter y cada día veía las cosas con más claridad. Era propenso a la superstición, pero no a la credulidad. Todo extremo le producía gran impresión, pero hallaba en la noble libertad de sentimiento la mejor posesión del hombre, pues lo caracterizaba una rara independencia de espíritu. Era de un temperamento impetuoso e irritable, fácilmente ofendible, pero de un corazón sumamente humano y benévolo. Una melancolía latente solía acompañarle a menudo, cuyas nubes oscurecían la claridad de su imaginación y daban un corte tenebroso a todo el curso de su pensamiento. De ahí que fueran raros sus continuos arranques de impaciencia y de pasión. Tenía una inevitable conciencia de su superioridad, que le causaba desasosiego, lo cual unido a la tristeza colectiva y a su propia desdicha, le hacía temer a la soledad y a la vida rutinaria sin esperanza. Con su modesta colección de ideas nuevas, que había logrado ordenar en su mente y que le daban ardiente convicción, preparábase aquel mozo mestizo a promover empresas peligrosas que hasta entonces nunca habían pasado por la mente de estos pueblos oprimidos.

Así, pronto demostró con su desasosiego e inquietud que no había desertado del ejército del rey solo para restituirse calladamente a los suyos. De sus labios comenzaron a oírse historias maravillosas que sabía colorear con entusiasmo para despertar interés y sondear el sentimiento de los aldeanos. El esplendor de Cartagena, su vida de soldado, su hazaña en

(1) Capítulo del libro "La Rebelión de Galán el Comunero", por Luis Torres Almeyda. Imprenta del Departamento. Bucaramanga, diciembre de 1961.

las murallas de los cañones, los pomposos paseos del virrey, el general Washington, los episodios y enseñanzas de la Revolución norteamericana, la travesía del Magdalena... Contáballo todo a la manera que le interesaba para surtir ciertos efectos. Su nombre adquiriría el rumor de la leyenda y los charaloes le rodeaban otra vez, como en los días de su sonada revuelta contra el corregidor, teniéndole calladamente por guía de su altivez y esperanza de sus desdichas.

Hecho a la confianza de la plebe, pronto encontró fieles seguidores, que ponía a meditar con sus ideas y secretos extraños y escandalosos para la época que se vivía, pero él sabía dónde y cómo podían germinar esas semillas. Consideraba que la empresa de sacudir el yugo necesitaba de una conciencia colectiva adecuadamente preparada de antemano para resistir sus efectos y sus consecuencias. Era sumamente peligroso su trabajo clandestino, pero a cada paso encontraba un terreno abonado. Tal era el sentimiento unánime contra la opresión, que hasta las mujeres y los chichuelos le juraban espontánea y secreta lealtad. Galán reunía, en verdad, todas las condiciones para hacerse amar y obedecer, para rodearse de esa devoción de los oprimidos. Era plebeyo como todos ellos, había sufrido prisión y confinamiento por defender su causa, había venido a buscarlos para alentarlos e infundirles ánimo, y ahora andaba en la empresa más atrevida, no soñada antes. Familiarizadas las gentes con sus ideas e intenciones, la misma gravedad y alcance de ellas imponía guardar un silencio sepulcral al lado del temor y la veneración hacia el caudillo, que ya tenía a su servicio una legión de cabecillas avisados audaces, que incluso controlaba los movimientos de plebes sospechosas de la delación. En público ignorábase su presencia, pues era de temer que, siendo desertor, la autoridad cayera de nuevo sobre él. Cuidábase a menudo de tener contacto con los criollos principales de la aldea pues dicese, siempre desconfiaba de ellos.

Es fama que los arrieros, que en numerosas caravanas conducían los productos y bastimentos a los mercados vecinales, atravesando veredas y plazuelas, eran naturalmente el vehículo de diaria comunicación entre los pueblos. Supónese que quien llevó el contagio de las nuevas ideas a esas legiones de caminantes y cargadores fue Hilario, hermano del caudillo, el cual era arriero de profesión. Para Galán significaba una fortuna contar con la lealtad y adhesión de estos rústicos transportadores, quienes por tener más ocasión de presenciar en los caminos y en las plazas escenas de la opresión reinante, sentían y comunicaban con calor la idea de la rebeldía. De este modo, solían tomar a pecho la instrucción que recibían misteriosamente de los cabecillas y llevaban y esparcían la semilla en los parajes y pueblos de sus jornadas, trayendo a su regreso mensajes y voces de aliento. Aceleradamente se tejía en la sombra una poderosa cadena de brazos y corazones, que alcanzaba a cubrir ya la acción de los pueblos del Norte. Este entendimiento y unión de unos a otros, que era la idea en que tanto persistía Galán, empezó a dar señales de creciente poder en las plebes, que ya se sentían aptas para resistir al pago de los impuestos, actitud que había de anunciar el estallido de motines locales de protesta para contestar a la natural reacción de las autoridades de rentas. Aleccionábase a la plebe cómo debía obrar de conjunto, sin comprometer a sus cabecillas,

y cómo no había de guardar temor, sino fría indiferencia, en las posibles excomuniones de los párrocos.

2—El primer lance.

En Simacota, un rústico caserío asentado en el descanso de una colina y rodeado de territorio quebrado y revuelto, no muy distante de Charalá, surgió el primer lance. Era la noche del 22 de octubre de 1780. Unos guardas de las reales rentas, armados y prevenidos, esperaban en una encrucijada del camino para caer sobre un comiso de tabaco que una caravana de cosecheros por allí llevaba. Advirtiendo la presencia y cercanía de los defraudadores, saltaron sobre ellos los polizontes, intimándoles rendición a nombre del rey y apuntando con sus bocas de fuego. Los comisantes, que eran arrieros y venían armados, formáronles gavilla, trabándose un fiero combate a campo abierto. En el cual vencieron los del pueblo, y según reza el informe del Corregidor, "al guarda (jefe) le han dado seis heridas: tres en la cabeza y otras tres en la caja del cuerpo", y a sus acompañantes les dejaron en estado agónico. Este lance victorioso ya era mucho decir para ser el primer ensayo de resistencia.

3—Un motín verdadero.

Estos pueblos del Norte, regados sobre un ramal de la cordillera de Los Andes y comunicados por caminos de piedra, comenzaban a darse la mano y a desafiar al mal gobierno.

A corta jornada de la aldea de Charalá, sobre un ameno y pintoresco valle, levantábase un poblado nuevo, junto al remanso de un corto río, que lo bordeaba por su costado norte. En Mogotes, que así se llama esta ciudad, todos sus habitantes usaban del vicio de "humar" tabaco. Decíase que allí, desoyendo la instrucción real, comerciábase con tabaco de contrabando casi públicamente, no habiendo casa donde no se procurara ese género de venta, a causa de lo cual —decía el Corregidor— "durante meses solo ha vendido allí el Estanco doce reales".

Un día hizo su entrada a la plaza una ronda de guardas armados, la cual dióse a ejecutar todo género de usurpaciones, en persecución del contrabando. Al cabo de tres días de feroz ronda por toda suerte de domicilios, se vio cómo en la noche ocuparon la plaza quinientos plebeyos amotinados, dando voces de encono y desafío. Para provocar la tremolina hicieron que uno de ellos fingiera de borracho y lanzara voces indecorosas contra la ronda para hacerla salir de su posada a campo abierto. "Pero los de la ronda — cuenta el Corregidor— así que vieron el tumulto armado, se estuvieron quietos, oyendo los desafíos y palabras que eran sabedores del levantamiento, y lo que hicieron fue, por la tarde del día acaecido, decir a la ronda que iban a coger un preso, y con este motivo no parecieron en el pueblo...". Durante la noche estuvieron sitiados los guardas hasta que al día siguiente fueron arrojados ignominiosamente del pueblo. Era el 29 de octubre de 1780.

4—Rebelión de Charalá.

Había en esta aldea un criollo hacendado, con tienda y casa de balcón, llamado don Pedro Nieto, el cual había conseguido que le nombraran Juez de Fábrica y Tesorero de una Cofradía. Construía él la iglesia con los materiales y el trabajo gratuito de los fieles. Para removerlo de su empleo habíasele levantado expediente, acusándosele despilfarro y empleo de aquellos materiales para levantar su propia casa. Con este motivo vino un español y le quitó el empleo. El chapetón abrió campaña contra el criollo, pero entre tanto dejaba que el cura pusiera mano al ladrillo de la iglesia para solar su casona, lo cual, visto por los feligreses, levantó rumores de protesta. Nieto entonces juró a los vecinos que él solo sin el cura ni el juez, levantaría el templo sin pedirles un maravedí, constituyéndose en apoderado de la empresa.

Los núcleos revolucionarios, acaudillados desde la sombra por Galán, aprovecharon aquellos desafíos para encender la llama de la rebelión por primera vez en la aldea y poder responder al levantamiento de Mogotes. Aquel domingo —17 de diciembre de 1780— el pueblo colmó el lóbrego caserón de la iglesia y oyó misa. Salió luego la plebe y se regó en la plaza, pero debajo de la ruana y de los pañolones de las mujeres advertíase la presencia de armas blancas y garrotes. En esto apareció en el atrio, al lado del cura, el español que había quitado el empleo al criollo, y comenzó a exhortar a los vecinos, llamándoles “hijos míos”, para le condujeran el ladrillo del tejear. La plebe se insolentó y se alzó en voces y protestas mostrando su cólera y sus armas. ¡Muera perro ladrón, y viva don Pedro Nieto, que es nuestro apoderado! gritábanle desde la plaza. El cura corrió entonces a sacarles el Santísimo en procesión para que se aquietasen y diesen la paz, pero fue en vano, porque la multitud se abalanzó enfurecida sobre los predicadores, y chapetón y cura desaparecieron saltando paredes y atravesando solares para salvarse. La turba se agolpó entonces frente a la casa del vicario y penetró en el zaguán; apareció el alcalde en el fondo de la casona, acompañado de un clérigo que suplicaba que por amor de Dios aquietasen los ánimos y oyeran al Alcalde que les traía buenas noticias. El funcionario del rey, tembloroso y pálido, anunció entonces que el nuevo Juez renunciaba a seguir en el cargo. La turbamulta se agolpó luego frente al balcón del criollo Nieto (quien se había ausentado para eludir compromiso), y lanzó por primera vez aquel famoso grito de guerra de los Comuneros, creación política de Galán: “Viva el Rey y muera el mal gobierno”. Las autoridades habían desaparecido y el pueblo era dueño de la situación. Comenzaron entonces a aparecer los agitadores de la plebe, que eran seguidos y aplaudidos; rústicos oradores de ellos, tenientes del desertor Galán, que proclamaban la unión del común y la guerra contra los usurpadores. Dícese que en esta ocasión el pueblo proclamó a sus primeros capitanes y acogió la consigna de desobedecer el pago de tributos y de remover a las autoridades locales. Había que extrañar al estanquillero y tomar los estancos para gastos de la empresa; había que disciplinar al pueblo en la milicia, formando cuerpos de reclutas y voluntarios: tales eran las consignas que se proclamaban con alborozo, haciendo cruces en el suelo con la punta de sus machetes en señal de lo que harían. El pueblo se sintió por primera vez fuerte y orgulloso de verse representando un

poder no soñado. Fue esta una jornada gloriosa para la aldea, que dejó aturdida, impotente y huidiza a la autoridad por mucho tiempo para recobrar el respeto y la obediencia. Así decía un testigo: "...viendo (las gentes) que a los de Mogotes no se les había impuesto castigo alguno por este enorme atentado, ni a los que se levantaron en la Parroquia de Charalá no queriendo obedecer... se insolentaron tanto las plebes de las jurisdicciones inmediatas, de modo que no tenían respeto ni temor a las justicias, como que en Simacota, habiendo ido a coger un comiso los guardas, los maltrataron y dieron tantas heridas, que de ellas murió poco después uno de los dos, sin que los jueces se atrevieran a aprisionar a los agresores, sin embargo de que los conocían".

5—Doctrina de los comuneros.

Después de los levantamientos aldeanos, hasta el comienzo de la famosa marcha comunera sobre Santa Fé, hubo una quietud aparente, que se aprovechó para el adiestramiento militar y doctrinario de la plebe. La difusión de ideas revolucionarias desarrollándose dentro de los marcos de la rusticidad, el instinto, la intuición y el natural sentido común. A causa de la cruda ignorancia en el oficio de leer y escribir, las ideas y consignas difundíanse al oído; solo, los cuerpos de cabecillas y tribunos, dotados de alguna instrucción y entendimiento, fomentábanlas por medio de manuscritos y mensajes secretos que pasaban de mano en mano y de pueblo en pueblo. Las caravanas de arrieros, que cubrían todos los caminos manteniendo la comunicación entre los distritos vecinales, diríase que eran las más eficaces legiones revolucionarias de que Galán se servía para mantener alertas e instruidas a las gentes, hasta el punto de cubrir el contacto con la propia capital del Virreinato, baluarte de los realistas.

Durante su confinamiento en Cartagena de Indias, Galán había logrado formarse una idea acerca del carácter y de la estrategia de la lucha de los colonos norteamericanos por emanciparse de la corona británica. Habíamos dicho antes que allí, en plena revolución, los colonos seguían exteriorizando su fidelidad al rey, hasta que, cerciorados de que no podían conseguir las libertades que buscaban sin conquistar la independencia política, encararon entonces la verdad proclamando públicamente su emancipación de la metrópoli, a pesar de que el propio General Washington había declarado al principio: "Acusadme de los mayores delitos si oís decir que yo he prestado mi concurso a nuestra separación de la metrópoli". Resultaba harto consecuente para Galán proclamar que la bandera de la rebelión solo buscaba robustecer el dominio del rey contra las autoridades coloniales que desobedecían y burlaban sus cédulas. Con estas ideas logró crear aquel célebre grito de guerra que haría temblar y confundir al reino entero y aun a la propia corte de Madrid: "Viva el rey y muera su mal gobierno". Esta audaz obra de estrategia política iba a dominar y a dar alma a la revolución. Para unos esa idea respondía a su ideal y fe en el gobierno. Para muchos era la bandera aparente de ganar ventaja en la lucha, cuyo objetivo justo, inmediato o remoto, era alcanzar la independencia como condición para poder instaurar la libertad como goce general. El hecho de dar a conocer la palabra mágica y explosiva de la independencia pro-

vocaba la concentración del poder real contra un pueblo en lucha pero casi indefenso desde el punto de vista de las armas. Había además, vastos sectores americanos de ningún modo despreciables en los que se habría hecho completamente impopular la consigna de la separación de España. Era entonces de enorme importancia política invocar la fidelidad al soberano, ya que en el ambiente flotaba siempre la creencia en su piedad y recta justicia.

El capuchino Finestrada exclamaba por aquel tiempo: "Cómo ha de vivir el rey y de morir el mal gobierno, cuando en el pasquín general se intenta destronar a la real familia de Borbón del natural dominio y señorío? Otros son los ocultos designios disfrazados por los amigos de la independencia...". Y más tarde decía que la insurrección "declaró su independencia, quiso gobernarse como república soberana, nombró magistrados, estableció un consejo supremo... saliendo de este subrepticio tribunal los títulos militares, con las ordenanzas para las tropas y los reglamentos para los comunes, con apercibimiento de multas pecuniarias, de azotes y hasta de la vida. Se mandaban órdenes rigurosas de comisión para que los cabildos y pueblos prestasen juramento de fidelidad y obediencia a los capitanes generales del Socorro, amenazando con graves penas a los que se oponían. El supremo figurado consejo era el tribunal en donde se trataba de quejas y se conocía de apelación sin atender a la real audiencia para estos actos de jurisdicción". Y remataba la propia audiencia comunicando al rey que los comuneros "estaban en la voluntad de desposeer al monarca de su dominación de este reino".

Las ideas y experiencias de la revolución de los colonos norteamericanos habían impresionado vivamente a Galán, quien en Cartagena había aprendido ricas lecciones como esta: "... Todos los hombres nacen iguales y a todos les ha concedido el Creador ciertos derechos entre los cuales está la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad, de que nadie los puede despojar... Para garantizar esos derechos, los hombres constituyeron gobiernos que derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados... Siempre que una forma de gobierno tienda a destruir esos fines, revelando el designio de oprimir a un pueblo despóticamente, éste tiene el derecho y se halla en el deber de separarse de ese gobierno, instituyendo uno nuevo, que se funde en dichos principios, y a organizar sus poderes en aquella forma que a su juicio garantice mejor su seguridad y su felicidad...".

Habíanse esparcido aquellos principios subrepticamente entre los colonos de la América española, en algunos casos por los mismos españoles inadvertidos en su acostumbrado odio a los ingleses. Con mucha razón el Conde de Aranda, Ministro de Carlos III, hacía esta justa reflexión: "La independencia de las colonias inglesas queda reconocida, y este es para mí motivo de dolor y temor. Francia tiene pocas posesiones en América; pero ha debido considerar que España, su íntima aliada, tiene muchas, y que desde hoy se halla expuesta a las más terribles conmociones".

Enseñábase entre las plebes doctrinas de sencillos expositores de la época, proclamadas en viejas y recientes protestas de cabildos y pueblos, recordándose aquella elemental de los comuneros del Paraguay: "El poder del común de cualquier república, ciudad, villa o aldea, es más poderoso

que el mismo Rey. En manos del común está el admitir la ley o gobernador que gustase, porque aunque se le diese el príncipe, si el común no quiere, puede justamente resistir y dejar de obedecer”.

Los pueblos se pasaban estas voces con explicable alborozo hasta captar una idea general de la intención que guardaban sus caudillos plebeyos. De cómo estas ideas llegaban al corazón del pueblo, lo enseña este breve discurso recogido de sus labios, que enmarca un autor: “Jesús, hermano, qué de cosas tan grandes he oído al hombre docto en la ciudad sobre lo que puede el común: dizque puede más que el rey, a veces más que el papa. Vea, hermano, lo que teníamos y no lo sabíamos. En verdad que esto bien nos lo callaban y no nos lo querían enseñar porque no supiésemos que bien puede el común dejar de obedecer al virrey”.

6—La presencia de Tupac Amaru

Una especie de servicio secreto de inteligencia alcanzaba a cubrir ya a la propia Santafé, logrando seguir adelante hasta penerar al otro lado de la frontera, hacia el sur, en la diagonal que atraviesa la América Meridional, donde se extendía el entonces virreinato del Perú. A través de este servicio conmovía a estos pueblos del norte granadino la fama y brillo de su nombre y de sus hazañas un altivo príncipe indio: José Gabriel Tupac Amaru, quien acababa de empeñarse allí en una guerra abierta contra los españoles.

En la plácida Santafé, mientras la nobleza española y criolla se entregaban a la siesta o a la devoción, cuando no a saraos y fandangos, la plebe de los barrios ponía atento oído a las noticias llegadas de Lima, pasándose voces que no se alcanzaban a percibir. Los golillas de la audiencia acrecentaban por bando las penas para todo aquel que de algún modo propalara noticias sobre el suceso peruano. No obstante, los informes circulaban y se multiplicaban, conmoviendo peligrosamente a todo el virreinato y hallando eco en la plebe de los pueblos. Manuel García Olano, un criollo entusiasta, administrador de la renta de correos de la capital, tenía montada una máquina secreta para distribuir a través del reino los escandalosos mensajes sobre el triunfante levantamiento de Tupac Amaru. Pliegos misteriosos, que ocultaba el juez, los hacía desaparecer para ponerlos en manos de sujetos con capa o enruanados, que a suelto galope volaban hacia los pueblos a llevar y propalar las nuevas del guerrero peruano. Arciniegas habla de un curioso platero de profesión, que era poeta además, llamado Melchor de Guzmán, oriundo de Lima; habíase convertido en receptor de los sucesos de su tierra, en manuscritos que guardaba en cofres de cuero, de cuya fuente solía instruirse la plebe de los barrios. Jinetes encapuchados desaparecían de Santafé llevando aquellos correos misteriosos hacia el interior, concentrando sus movimientos en una decena de pueblos vecinales del norte, que era la parte más industrial y comercial del reino. En la populosa villa del Socorro un sacerdote criollo llamado Francisco Vargas, que oficiaba de párroco, recogía los correos clandestinos de la capital y, cuidándose de algún comiso, propagaba con esmerada actividad los éxitos de la sublevación peruana.

Era Tupac Amaru un príncipe inca, nacido en cuna de seda y oro, heredero directo al trono de sus antepasados, que luchaba por liberar y restablecer su imperio. Sobre flamante caballo blanco el caudillo indio dominaba el paisaje de la provincia de Tinta, con la majestad de su semblante, sus ojos grandes y negrísimos y su severidad natural. Lucía traje de fino terciopelo; llevaba casaca, calzón corto, camisa bordada y chaleco hilado de oro tejido; medias de seda blanca y zapatos con grandes hebillas de oro; sobre la casaca usaba el "uncu" de lana "mostrando bordado de oro en fondo morado" donde se descubrían las armas de sus antepasados; sobre los hombros llevaba dos hondas tejidas en seda, entrecruzadas en forma de banda y otra le envolvía la cintura; completaban su vistosa y rica indumentaria un sombrero de tres picos ajustado sobre su cabeza de larga cabellera negra, una pluma al costado y en la copa una pequeña cruz de paja. Hablaba el castellano y el quechua con gracia especial. En sus frecuentes viajes hacíase acompañar de un capellán, un médico y numerosa servidumbre, causando impresión con sus caballos, sus atuendos y su prolongado séquito. Era bastante devoto e instruído en el arte y la ciencia, y gozaba del respeto y simpatía de los de arriba y de la veneración de los de abajo.

Hacia poco, el 4 de noviembre de 1780, este hombre había promovido el más escandaloso suceso de la época. Y fue, que concluída una fastuosa comilona que había puesto en un paraje retirado de su pueblo de Tinta, a la cual había invitado al terrible corregidor Arriaga, con derroche de cortesanía, fingió tener prisa en ir a atender a unos huéspedes de su casa; despidióse de los invitados y montando brioso y aderesado caballo desapareció en medio de su escolta, y tomando luego una ruta diferente fue a acampar con sus hombres al pie de un bosque por donde debía pasar el corregidor. A poco rato vieron que se acercaba el funcionario con su séquito de secretarios; al punto el príncipe, veloz y certero, hizo girar en el aire un lazo, el cual descargó sobre el ministro del rey, derribándolo de su cabalgadura con la presteza de un ágil vaquero. Lo llevó prisionero a su feudo de Tungasusca, diciendo que obedecía órdenes del rey. Haciéndole firmar cartas a sus subalternos para que se alistasen a marchar contra piratas imaginarios apostados en el puerto de Arata, empezaron a llegar los realistas con sus armas y caudales, que caían en poder del caudillo rebelde. Ante una corte de tres jueces enjuicióse al prisionero por sus desalmadas usurpaciones como corregidor, habiendo sido sentenciado a la horca. Salió de la prisión vestido con una mortaja de San Francisco y acompañado de dos clérigos que rezaban la oración del bien morir, caminando hacia el lugar del suplicio, mientras un pregonero iba en alta voz diciendo: "Manda el rey nuestro señor quitar la vida a este hombre por revoltoso". Una multitud de indios armados de hondas y palos custodiaba el centro de la plaza, en donde se levantaba la horca sobre el tabladillo. El condenado subió la escalera de la horca y vio que el verdugo era su antiguo esclavo Antonio Oblitas. Al ser lanzado de lo alto se rompió la sogá, asegurándose que balbuceó: "Miren que parece que Dios no quiere que así muera, según lo estamos viendo". Luego fue izado por el verdugo, con lo que acabó de sofocarse por su propio peso.

Como si los brotara la tierra, surgieron ejércitos de indios y plebeyos por todas partes para seguir al caudillo inca, cuyos actos habían anunciado el estallido de la revuelta general. Cayó sobre los pueblos de su provincia, prendiendo fuego a los obrajes y atesorando creciente botín. Entretanto un ejército de 1.500 realistas avanzaba furiosamente contra el rebelde, acampando en Sangarara. Rápido y sigiloso marchó entonces Tupac sobre aquella plaza, acampando en sus goteras "con una manga de indios y mestizos calculada en seis mil hombres", poniendo en súbita conmoción al enemigo. En la madrugada una lluvia de hondas y flechas caía sobre la ciudad, incendiándola y arrasándola. En el campamento enemigo los polvorines de los defensores explotaban volando los lechos y desplomando muros, con que perecían aplastados y abrasados por el fuego los realistas. Dícese que en aquella acción estuvo a punto de ser muerto el propio Tupac, que arengando a sus huestes sobre su caballo guerrero despreciaba el peligro. Seis horas duró aquella batalla que dio el triunfo al rebelde, quien regresó a su cuartel general de Tungasusca con los trofeos de la victoria.

Ahora estaba el caudillo inca con sus ejércitos frente a la ciudad del Cuzco, el más grande baluarte realista, preparándose para entrar victorioso. Cumplíase el asedio con cerca de sesenta mil rebeldes acampados en las alturas y cerros que dominaban aquella ciudad, la cual estaba defendida por veinte mil realistas. Ocupábase Tupac en la etapa de reclamaciones pacíficas, enviando embajadores al cabildo y al obispo "para que en mucha quietud me entreguen esa ciudad". Qué bien plantado parecía sobre su hermoso caballo, guarnecida de plata la silla jineta, luciendo traje de terciopelo azul, al cuello una cadena con la efigie del sol, pistola al cinto, un par de trabucos y espada, y bajo el chambergo oscuro la cabellera rizada cubriéndole los hombros, dominando los movimientos del enemigo y pasando revista a sus animosos ejércitos plebeyos.

Dejémosle allá, en esa postura de guerrero invicto, mientras proseguimos el relato de lo que sucedía en el norte del reino granadino, para volver en su oportunidad sobre el desenlace de esta célebre rebelión americana. Tal era el hombre cuya fama y ejemplo se extendían secretamente por todo el reino, enardeciendo el ánimo de los oprimidos.

7—La alianza con los criollos ricos.

Decíamos entonces que las noticias de la rebelión peruana conmovían y alentaban a las plebes norteñas, organizadas y dirigidas ya por grupos de audaces cabecillas. Diremos ahora por qué razón la empresa revolucionaria iba a ser acaudillada súbitamente por sujetos desvinculados y extraños a las raíces y a la conciencia misma del movimiento.

La posición del criollo hacendado era bastante deprimente. Vivía enojado por excluirse de los empleos públicos, pero aprovechaba toda oportunidad para rematar rentas. Sus intereses económicos resentíanse sensiblemente. La metrópoli imponía todos sus productos a la colonia y le prohibía procurárselos aun en su propio suelo. La producción nativa era obstruída y absorbida por el sistema de gravámenes. Tenían pena de la vida aquellos que comerciaban con extranjeros. Prohibíase el plantío de

viñas y olivares. Destruíanse las sementeras de lino. Prohibidas estaban las fábricas de tejidos y se mandaban cerrar las de paños, de batán, de loza, de sombreros, y aun se llegó a expatriar a un vecino que intentó abrir a su costa un camino que comunicase por el río Opón el interior del país. Prohibíase instalar nuevas manufacturas, aprender el arte de las construcciones navales. Los plebeyos no podían abrir tiendas de mercancías. En una palabra, España no quería competencias, sino dinero para sus arcas reales.

En esta parte norte del reino granadino florecía la economía de talleres y la hacienda o propiedad aldeana. En todo el país no se veía una vecindad de tan alto desarrollo, pero tampoco la había en la red de limitaciones y exenciones que fuera más aplastante sobre la economía nativa. A medida que crecía la agricultura y la pequeña manufactura junto a a los talleres de los artesanos, se iba imponiendo la necesidad de dejar al productor cierta iniciativa en la producción, de modo que sintiera inclinación al trabajo y se interesara en él. Aquí surgía el primer choque entre el carácter de las fuerzas productivas y las ya caducas relaciones de producción cuyo proceso de frotamiento iba a precipitar un día el derrocamiento del régimen colonial existente. En cambio, los criollos ricos, que repudiaban en silencio el carácter de la usurpación colonial en la parte que afectaba sus propios intereses y les privaba de libertades e iniciativas, prescindían en su hacienda de la explotación esclavista sobre el productor, que no sentía ningún interés por su trabajo ni ponía en él la menor iniciativa y prefería entendedérselas con trabajadores que tuvieran su hacienda y sus herramientas propias y se hallaran interesados en cierto grado por el trabajo en lo necesario para laborar la tierra y pagarle en especie, con una parte de la cosecha. Frente a ellos estaba el encomendero, especie de señor feudal, que sujetaba al indio al trabajo esclavista, sin cuyo monopolio el nativo era el mejor vehículo de desarrollo para la hacienda americana.

Se produjo entonces un reagrupamiento de fuerzas económicas expoliadas, que antes habían permanecido alejadas de toda inteligencia práctica, un entendimiento de clases directamente afectadas, que no encontraban otra salida para sus intereses que el cambio, para unos suave y para otros radical, del carácter de las instituciones coloniales. Durante este proceso, las clases criollas acomodadas de los pueblos comenzaron a ofrecer la mano a la plebe, al común, que luchaba ya públicamente, en forma de protestas locales, contra los impuestos y las usurpaciones gubernamentales. Los criollos ricos auspiciaban, en principio, el movimiento plebeyo, y se hallaban interesados en él en la medida necesaria para imponer un cambio que facilitara el desarrollo de su hacienda e influencia y suavizara el agotador sistema de gravámenes. Pero no sentían ni auspiciaban un intento de separación de la corona española que, al fin y al cabo, representaba el orden existente y la guarda de su posición de clase desahogada dentro de los marcos del feudalismo colonial. Marcharían como caudillos, comprometidos a viva fuerza por el pueblo alzado, pero al verse envueltos en una insurrección armada que llegase a las puertas del desconocimiento de la autoridad real, se apresurarían a tender las redes de la traición para impedirlo. Los caudillos ricos marcharían en busca de reformas, y

el pueblo en busca de su independencia. Solo más tarde, en 1810, estos criollos ricos, mejor preparados e ilustrados, con una masa de bienes e intereses en creciente choque con las relaciones e instituciones colonialistas, iban a imprimir al carácter de la lucha política un empuje decisivo para la independencia. Pero esta vez se iban a limitar a ceder las bestias de sus haciendas para la caballería popular y facilitar las armas de su uso para dar fisonomía bélica a la campaña; darían dinero y bastimentos para la empresa que, hasta cierto punto, era su propia empresa en la parte que buscaba imponer reformas que protegieran sus intereses sometidos y amenazados a una ruina crónica.

El buen sentido de Galán promovió así la alianza con los criollos ricos de los pueblos, poniendo en razón de toda política el que ellos figurasen naturalmente como jefes visibles del alzamiento general. Pero un día aceptarían la jefatura con aire marcial y otro día la rehusarían espantados de temor, en un loco movimiento de oportunismo y deslealtad. Sin embargo, una vez que el pueblo los asegurase en las sillas de la comandancia, serían llevados a la cabeza como meras figuras de exhibición, pues su presencia de hombres ricos y principales desvanecía la idea de ser un movimiento de origen y formación plebeya, susceptible de ser mirado con escrupulosidad y desdén por las clases criollas superiores. En la propia Charalá se llamó a don Pedro Nieto, criollo de mucha suficiencia, aquel cuyos desatinos habían servido de pretexto para la señalada protesta del 17 de diciembre, para que se pusiera al frente de la comandancia de la aldea.

Ya en vísperas de la revolución comunera, el tozudo Galán, con su vestimenta habitual de botas y chaquetón de manta y la cabeza siempre al descubierto, pasaba secreta revista a sus rústicas milicias plebeyas, que adiestraba con su experiencia de ex-soldado del rey.